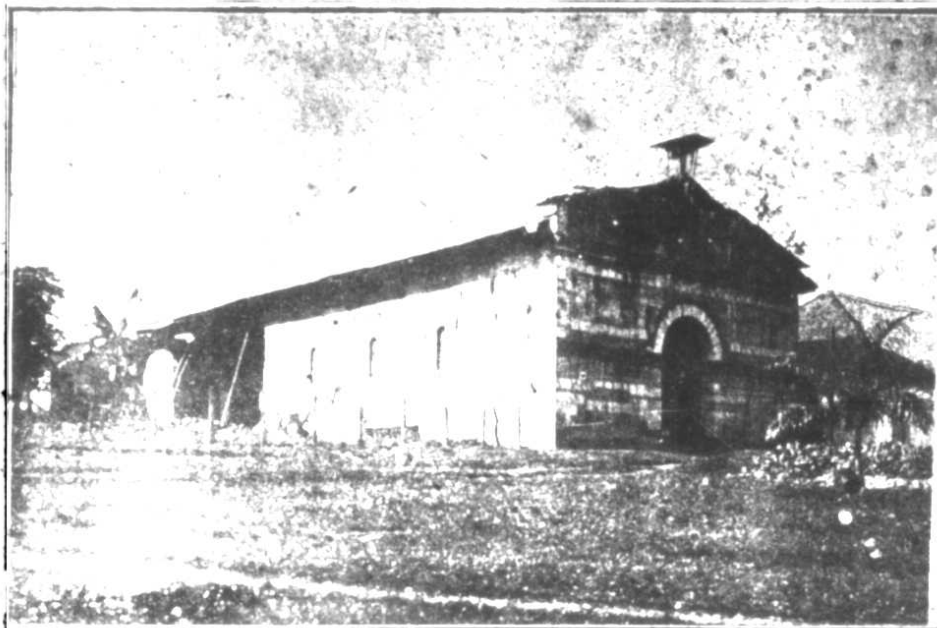




IGLESIA de VI- LLAVICENCIO

VISTA GENERAL

(se ve el lienzo
de pared que se
vino, al suelo se-
pultando a 7 de
las víctimas de la
catástrofe)

lluvias abundantes, plagas de toda clase que abundan en estas pampas no permiten prestar la atención suficiente. Cuando Dios nos permita volver a lugares más descansados, llenaremos los vacíos.

J. M. S.

¿Cómo es el hombre más libre?

El hombre más libre es el que *cultiva su propio campo*.

No hablo de los desequilibrados, neurasténicos, incompletos o descompuestos; hablo del hombre sano, físico y moralmente, del que, alejado de preocupaciones, tiene pre-

sente que el hombre digno ha de vivir del sudor de su frente o del fruto de su intelecto; del que no pide peras al olmo, del que tiene sabido que la vida es constante lucha, y que por todas partes, acá como acullá, debe esperar su bienestar de sólo sus propios esfuerzos; del medio sabio en que sabe limitar sus aspiraciones a sólo lo posible y permitido; del que estudia la manera de alejar los inconvenientes, para aprovechar de la vida la parte buena que tiene. Y tiene cosas buenas la vida. El quid consiste en poner los medios prácticos de asimilarlas.

Hay la creencia de que el campesino de la tierra caliente es indolente, perezoso y flojo. La verdad es que de éstos hay sobra-

dos, lo mismo sea acá que en la tierra fría; pero en la tierra fría si se hace ejercicio para entrar en calor, acá, en verano, se está quieto para obtener el resultado contrario; pero lo cierto es que el hombre activo, lo mismo allá que acá, no carece de ocupaciones desde el día 1º de enero hasta el día de San Silvestre, inclusive. Si bien el verano y el estío son sobradamente calientes en las altas horas del día, en cambio tenemos agua a la mano, o sean los baños a voluntad y gratuitos; y, como compensación, los rocíos que se experimentan por la mañana y, en las tardes, de incomparable suavidad una y otras, que hacen olvidar las pesadas horas calientes.

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE» 19

EL MORO

Por José Manuel Marroquín
Autobiografía de un potro sabanero.

CAPITULO V

Merengue, continuando su historia, pinta una escena de familia.

A Eduardito no le ocultó la sirvienta el objeto de la llamada, y apenas se enteró de él, la dejó atrás, y corrió desahoradamente hasta que, dándole a la puerta de la casa un empujón soberano, se halló junto a mí. Lo primero que hizo fue enfadarse porque Carlitos estuviera montado; luego me abrazó, me besó y me palpó todo el cuerpo. Preguntóme si sabía conducir si yo era mansito, si sabía correr bien aprisa y cómo me llamaba. A esta última pregunta

no pudo contestar porque ignoraba que yo tuviese nombre.

El Dr. Barrantes vino a casa mucho más temprano de lo que acostumbraba, y al verme recibió la más agradable sorpresa. Cuando el mozo quiso marcharse, diciendo que se le hacía tarde, el Doctor le dió una buena propina, y la señora y las criadas se mostraron escandalizadas de que pretendiera irse sin comer: él participaba de la simpatía que yo había inspirado y del agasajo y la obsequiosidad de todos los de la casa. Eduardo no tuvo sosiego durante la comida: se levantaba de su asiento y corría a la cocina a conversar con el muchacho y a hacerle más preguntas atañedoras a mí y a todo lo que conmigo tenía relación, y luego bajaba al patio a mirarme y a tocarme. Al venir a una de aquellas visitas me trajo pan; y se mostró muy impaciente al ver que yo no sabía comerlo; me lo introducía en la

boca, pero yo, después de recibirlo como por mera condescendencia y de mantenerlo entre los labios con cierto movimiento tembloroso, lo dejaba caer.

Terminada la comida de señores y criados, se pensó en la mía. Una sirvienta trajo un tercio de hierba que había comprado, tercio hipócrito que por de fuera mostraba ser de cebada, pero que por dentro contenía guascas, rabanitos, malvas y ortiga. A eso de las ocho de la noche, se cayó en la cuenta de que yo no había bebido, y toda la gente, con excepción del Doctor, se ocupó afanosamente en hacer que yo apagara la sed, que en efecto me atormentaba bastante. Pásoseme delante una artesa con agua, pero como ésta se movía y, moviéndose, reflejaba la luz de la vela que alumbraba la escena, yo acercaba el hocico al agua y me retiraba asustado, resoplando ruidosamente. Levantaban la artesa